



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.—Ap. 547—Teléfono 1843.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

LUIS GABALDÓN

Méritos especiales.

MINGO REVULGO

Después del baile.

E. DIAZ CORONA

Coquetería mercantil.

JACINTO CARMIN

La de todos los años.

FÉLIX RECIO

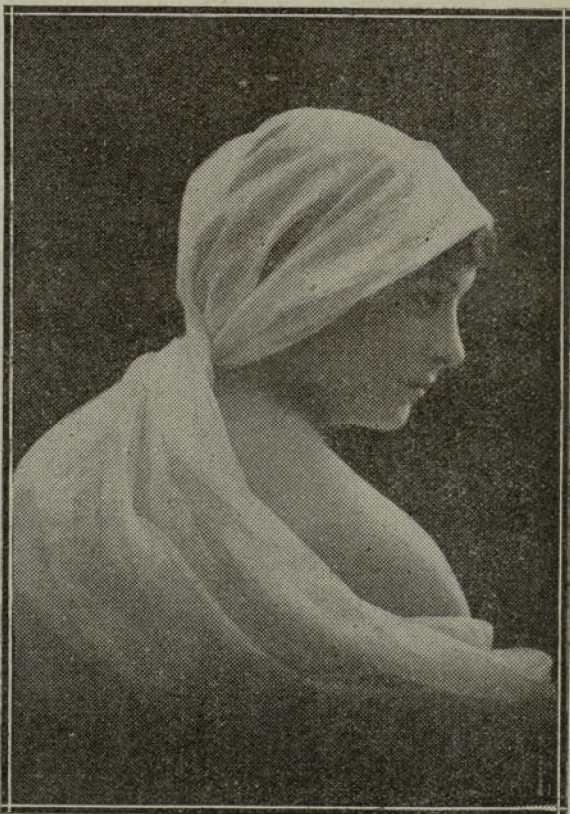
La ciencia sabia.

FERNANDO AMADO

La sana moral.

TOVAR Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato
de Tina Meller.



TINA MELLER

Bonita y retrechera, como ven ustedes.

5 cénts.



Les estoy viendo á ustedes de rodillas y á mis pies, suplicándome encarecidamente que les diga algo de la retirada de Maura, asunto del que no se ha hablado nada durante la pasada decena, y en este supuesto, les diré que á mi me parece que, siendo el jefe de los que representan la política vieja, es lo más lógico

que se les retire, porque es ley de Naturaleza que así ocurra.

Ver á Azcárraga, á Pidal, á Vadillo gritar compungidos: «¡Que se nos retira, que se nos retira!», es de lo más cómico que puede imaginarse. ¡Pero qué *quedrán* á sus años esos dignísimos carca-males!

El caso es que parece que se va á hundir el firmamento porque Maura se corta la coleta. Por mí, que se la corte, que se la arranque ó que se la machaque, y que nos dejen en paz con su pleito. Lo que nos interesa es el otro acontecimiento, el que ha constituido la nota de la semana. ¡Por fin ha llovido!

La pertinaz sequía nos había puesto en un terrible aprieto. La diosa Ceres, que como ustedes saben, es una diosa de las de janda la Diosal, por lo pródiga y exuberante en sus dones, estaba empeñada en subirnos el pan, cosa que tenía alborotadas á las señoras, porque las pobrecitas no sabían ya qué hacerse. Ahora, con esta lluvia benéfica, la tierra se ablanda y, claro está, en cuanto que se ablanda ha desaparecido la causa determinante de la subida del pan, porque la semilla germina y nace el tallo, quien, al verse al aire libre, le dice al sol que le acaricia con sus ardientes rayos:

—Al fin t' hallo, ¡oh Febo amigo!

Y claro, Febo le besa *feborosamente* y con el calor de su ósculo hace que crezca, exclamando como Garibaldi: «¡Arriba, caballo moro!»

Y aquí tienen ustedes descrito el misterio del desarrollo del trigo, según lo leí siendo chico en un tratado de trigonometría, escrito por un inglés de pelo trigueño. Conste que con esto del tratado no he tratado de darle lecciones de agricultura á

SOLIDARIDAD POLÍTICA



—Pues nada, que como Maura, estoy dispuesto á retirarme á mi casa.

—¿Y cuándo vas á tomar esa determinación?

—En cuanto tenga casa.



La señá Udosa la prestamista.—¡Me parece que vas á ser tú el que se coma tóo lo mío.

El Pocalacha.—¡Hombre... tanto como comer-melo! ¡Mié uste que soy vegetariano!

Gasset, el segundo agricultor de España, según ha demostrado en la *Gasset*.

Si la subida se hubiese perpetrado, era cosa de darle otra subida al Municipio, porque eso siempre gusta á la gente. Si yo conociese á algún edil le habría dicho: «Tenéis tó por los nubes; ¿nu ves que esto no puede seguir así?» Y le haría una serie de reflexiones hasta dejarle más suave que un guante, ó dicho con más propiedad, como un *de edil* de guante, que no es precisamente lo mismo que un guante de edil.

Ello es que el conflicto del pan ha quedado, por ahora, resuelto, y que si nos molesta la lluvia, por los barro, también nos molestó Barroso en Gobernación y ahora

en Gracia y Justicia, y en cambio no nos produce la satisfacción que nos causa el ver llover, que es una distracción como otra cualquiera, aunque al robusto ministro le oigamos como el que oye llover.

Además de beneficiarse la agricultura se beneficia el comercio. Si á un comerciante en géneros de punto le preguntan ustedes qué artículo aumenta en sus ventas cuando llueve pertinazmente, les dirá desde luego que las medias caladas.

Y se explica; á parte del estado del piso de Madrid, porque las de esa clase son las más adecuadas para ese tiempo. Una par-torrilla, encerrada en media calada, es de mayor lucimiento en épocas de lluvias, y hace que, detrás de ella, vayan los hombres bebiendo los vientos.

Y ya tienen ustedes otro beneficio además del del comercio:

El del *bebercio*.

Un pequeño reporter.



La *coupletista*.—Me tiene usted abandonada; esos chicos no me aplauden.

El jefe de la *cla*.—¡Si es que cuando sale usted, no se donde se meten las manos!

MÉRITOS ESPECIALES

EN EL GABINETITO DE FRÚ FRÚ

FRÚ-FRÚ (*peinada á la griega; ojos negrísimos, profundamente cercados de ojeras, provocante deshablé. Sentada junto al diputado Ortigosa, semidesleído pere-*

EN EL "FOYER" DEL REAL



—¡Si viese usted, marquesa, qué ganas tengo de hacer de tenor.

—Pues yo creo que estaría usted mejor de bajo.

rosamente en una butaca).—Anda contéstame á tu pequeña y fiel Frú-frú.

ORTIGOSA.—Tú estás loca, verdaderamente loca... ¿Cómo supones que yo pueda gastar cinco mil pesetas en esas orlas?

FRÚ-FRÚ (*más insinuante*).—Anda, ¿no dices que me quieres tanto?... ¡Tú que eres tan bueno, tan complaciente con tu menital...

ORTIGOSA (*con algo de fastidio*).—Te

digo, que es inútil que insistas, no puedo hija mía, no puedo en absoluto.

FRÚ-FRÚ (*haciendo un mohín de contrariedad delicioso*).—¡Por cinco mil pesetas!... ¡Total!...

ORTIGOSA.—Creo que ya habrás comprendido que no las tengo... que vamos, me es imposible satisfacer ese capricho tuyo.

FRÚ-FRÚ (*cuyas manos tienen una provocadora sugestión*).—Pídele un préstamo á papá Ecequiel.

ORTIGOSA.—¿A quién? ¿A ese vampiro? Ni por soñación. Se ha nutrido ya bastante de mi dinero.

FRÚ-FRÚ.—¿Pero si te lo da sin interés.

ORTIGOSA.—Eso crees tú. ¡Es poco ambicioso! Figúrate que se le ha metido en la cabeza ser caballero de Isabel la Católica, por mediación mía. ¡Y me tiene frito!



—Caballero, por el amor de Dios, mire como tengo esta pierna.

El caballero (*distráido*).—¡Ya yal qué sucia está,

CANDOR



—¿Pero por qué tendrá ese empeño Luis en que le eche la llave por el balcón?

FRÚ-FRÚ (*que no renuncia al asedio*).—
¿Y eso qué importa?

ORTIGOSA.—Eso es una broma tuya. ¿Una cruz á un usurero? ¿Y mi dignidad? (*Campanudo*): Soy un representante del país y no puedo prestarme á complacencias equívocas.

FRÚ-FRÚ (*pasando de la súplica á la cólera*): Está bien. Una mujer como yo no merece... (*Se alza y va á contemplar su toilette al espejo*). Frú-Frú es habilísima para realzar sus atractivos. Ortigosa, que es enemigo de las represalias, mira á Frú-Frú, suspira é intenta reanudar la conversación. Frú-Frú, con una llamarada de triunfo en los ojos y brindándole sus labios rojos): ¡Qué buenos eres! (*Muy á su oído*). Y como símbolo de paz, cenaremos esta noche solos, solitos. (*Con encantadora malicia llena de promesas*): Pastel de perdiz, trufas y champán, mucho champán... sec...

(*Y pasa sus lindas manos por los ojos de su amante.*)

De la gacetilla de un periódico quince días después:

«Ha sido agraciado con la encomienda de Isabel la Católica nuestro particular amigo D. Ezequiel Grifou, en quien concurren circunstancias especiales.»

Luis Gabaldón.

SUCEDIDOS...

YA existían muchos medios para deshacerse de una mujer cuando su cariño fastidia; pero mi amigo Enrique P., juzgando, sin duda, que el repertorio era un tanto escaso, ha querido inventar un medio más.

Harto de su última enamorada, dedicó sus asiduidades á una sevillana de ojos como brasas, de formas espléndidas y de



—Chico, qué susto. ¡Cref que era mi marido!

sonrisa arrebatadora, y resolvió pasar con ella una temporada en Sevilla. Y como su amante no la dejaba á sol ni á sombra y quería evitar un escándalo, buscó la manera de evitar éste y de deshacerse de la otra.

Un día, después de varios amabilidades deliciosas, la dijo:

—Me aburro en Madrid y quisiera irme á Francia contigo, los dos solos, para continuar el viaje que emprendimos hace un año y del que tan dulces recuerdos conservo. Envía á buscar dos *sleeping* y mañana nos vamos.

La bella señora, vanecida de la adhesión que su amante la demostraba, cayó en el garlito y compró los billetes.

—Vendré á buscarte á las seis. El tren

ENSEÑANDO LA BODEGA



La viudita.—Estas botellas son del año que murió mi pobrecito esposo y no se tocan más que cuando repican gordo.

El conquistador.—¿Y lleva usted muchas descorchadas?

sale á las ocho y comeremos en la estación—díjole él al despedirse el mismo día de la partida á las dos de la tarde.

Y en efecto, á las cinco tomó el tren de Sevilla en compañía de la dama de las formas espléndidas, verdaderamente espléndidas, lector.

Viendo que tardaba, fué á buscarle á su cosa la otra. Un criado le salió al encuentro.

—El señor ha partido,

—¿Solo?—preguntó ella visiblemente furiosa.

—Me parece que no, porque se ha llevado mucha ropan blaacá.

DESPUÉS DEL BAILE (1)

Anoche fui al baile de La HOJA DE PARRA (colega que tiene la gracia sin fin) y allí vi á la Cierva vestido de «Zarrapastrosa», bailando con un «Arlequin»,

Vi á Maura vestido de «fraile cartujo» bailando al sonoro susurro del vals con un mascarita vestido de «brujo» con toda la facha del hombre Canals.

Moret, disfrazado de «Jurisdicciones» marcábase un paso de «zapateao», y junto á don Segis el gran Romanones bailaba con Brocas su buen «agarrao».

El hombre Montero vestido de «foca» bailaba matchichas al son de un flautín,

y en traje de «Apóstol» está Sánchez Toca danzando una «rumba» que no tiene fin

«Chelito», vestida (?) con mayas violeta, pasea del brazo de cierto señor que aun cuando se cubre con una careta es todo el retrato de Amós Salvador.

Gimeno luciendo disfraz de Topete canta barcarolas, canta á Jorge Juan y canta «Marina» (canción del grumete) y el vals de las olas que vienen y van.

Total que este baile de La HOJA DE PARRA, (colega que tiene gran circulación), amén de La Cierva vestido de «Zarrapastrosa», fué un baile de gran sensación.

Mingo Revulgo

(1) Del saladisimo Mingo Revulgo en *El Radical*.

LA DE TODOS LOS AÑOS

EL actor X, joven y calavera, casado con una muchacha muy guapa y muy celosa, fué la otra noche al baile organizado por LA HOJA DE PARRA. Esto, naturalmente, no tiene nada de particular. Lo extraordinario del caso es que su costilla se oponía y que X tuvo que mentirla.

—Me ha invitado Rosón, tan noble amigo, tan cariñoso siempre conmigo. Además, si no fuera, Lezama se disgustaría, y ya sabes tú que su bolsillo generoso estuvo siempre abierto á las solicitudes que le hice.

Con argumentos de esta índole, X logró aplacar á su mujer y convencerla de que debía dejarle. Y fué al baile.

De lo que allí hizo, él me daba noticias anoche.

Apenas dí dos pasos por el baile—me decía—, una elegante máscara se acercó á mí.

—Hola, tonto, no me conoces...

—Naturalmente.

—Yo á ti, sí; tú eres X, el actor.

Aquello, como supondrás, no me inquietó. ¡Nos conocen tantas mujeres de esas que pueden ir solas á los bailes de máscaras!... La disfrazada añañió:

—Te he visto muchas veces; eres un actor de mucho talento.

—Aquello—continuó X, —francamente, comenzó á interesarme, hala gando mi amor propio. Además, la mujer que puede enamorarse de un actor por el mérito de su trabajo, es, indiscutiblemente, una mujer de talento. Mi linda interlocutora prosiguió:

—Conozco tu espíritu y... hasta sé que tienes un lunar sobre el hombro izquierdo.

Este pormenor, rigurosamente exacto, fué para las llamas mal encendidas de mi deseo, un chorro de agua fría.

—¡Cómo!—exclamé desilusionado—, ¿a caso nos conocemos íntimamente?

—No—repuso devol-

viéndome la felicidad de acometer una conquista nueva—, es que una de tus amigas me ha hablado mucho de ti...

Al lado de aquella mujer, cuyo metal de voz me era perfectamente desconocido, las horas pasaban rientes, locas, como notas de una carcajada. Cuantos esfuerzos hice para obligarla á cenar fueron inútiles.

—Amor, sí—decía—, el que quieras; pero comer y emborracharnos como lumnias y aventureros vulgares, no.

Tampoco accedió á quitarse el antifaz.

—Sólo en el misterio—exclamaba, recordando una frase repetida por todos los poetas—está la poesía...

Aquel lance terminó en un palco bien cerrado, donde la máscara tuvo para mí complacencias amables. Yo preguntaba á cada momento:

—¿Cómo te llamas?

A lo que ella respondía riendo:

—Capricho; me llamo lo que soy: Capricho. No pretendas saber más, porque todo cuanto averigües será con mengua de

CUENTO VIEJO



*El viajero que se queda.—¡Baje usted aquí, so tall que le voy á.....
El de la ventanilla.—¡Jesús que hombre! ¡A que me hace perder el tren!*



—Que dice mi madre que me las dé usted con chorrá.

—Pues dile que se la dé tu padre.

la originalidad y secreto de nuestra conjunción.

Convencido por tan discretos razonamientos, renuncié á mis investigaciones y me separé de Capricho sin verle el rostro. Cuando regresé á mi casa, ya alboreaba; llegué á mi alcoba de puntillas; nadie me sintió; mi pobre Carmen dormía profundamente.

Hubo una pausa.

—Ninguna mujer como aquella—concluyó X—. Ninguna... ¡Ni la mía! Y te juro que tanto encanto no fué obra de mi imaginación. Jamás mis manos han acariciado escultura más perfecta; nunca tampoco conocí espíritu más seductor.

■

Es vulgar la aventura de mi amigo; pero lo curioso del caso lo ignora él. Fué su propia mujer. Ella me lo ha dicho también:

—Me figuré que iba á engañarme y quise que el engañado fuese él.

¡Ah, los que tenéis esposa!...

Desconfiad de las máscaras que, so capa de aumentar el placer con el misterio, se dan á vosotros sin quitarse el antifaz.

Jacinto Carmin.

FARANDULERIAS

ESTAMOS en la primera semana de la «cuesta» de Enero y ya ha habido una baja en las carteleras de los teatros y se habla de otras varias.

La veda del amor resultaba también veda de taquilla, y como no tenía más *no-veda*, la empresa del Gran Teatro barruntó la catástrofe y acabó por decirse: «Más vale no veda», y dió el cerrojazo.

En cambio á Cervantes, del que murmuraban que si la *diñaba*, como dicen los académicos, se va defendiendo, aunque con *Trampa y cartón*, y ahora se ha echado un

EL BAILE DE LA HOJA DE PARRA



—¡Ah! ya sé de que va disfrazada. De almeja á la marinera.

remiendo con *La vocación de Pepito*, juguete francés de Guitry, que fué oído sin que los morenos lanzasen un solo *guitry*.

Era muy natural que en víspera de Reyes le dejasen á Cervantes un juguete, aunque fuese francés.

Los arregladores, Lepina y Plañiol, se han sacado *lépine* de un pequeño fracaso anterior. ¡Ahora á estrenar en el *Esplañiol!*

Un fenómeno digno de ser observado es que los teatros grandes, á pesar de que dicen que las variedades están llamadas á desaparecer, acuden á ellas para ir subiendo la «cuesta» á que antes me refero. Apolo se ha llevado al *Trio Lara*, á quien el cartel llama «los colosos del baile internacional». Yo creía que los colosos de ese baile eran los monarcas de los estados balcánicos; porque ¡cuidado que son colosos para chuparse la Turquía! Pero ahora resulta que estaba equivocado y que eso es una *colosina* al lado del *Trio Lara*. Quien no se conformará es el apoderado de *Larita*, quien, según los telegramas que coloca á los revisteros, es el coloso de los novilleros. Vamos, le dejaremos en «colorete».

En Lara no hay trío. ¡Menudo trío está hecho don Cándido para que le vayan á él con esas cositas! Y además, ¡qué si en vez de contrata-se en Apolo, los contrata él, cuando viene la gente animado el *Trio Lara*, creería que el empresario se ha metido á railarín, sin saber que don Cándido ya no está para esas emociones, y que lo que necesita es trío-nal, que es muy bueno para provocar el sueño.

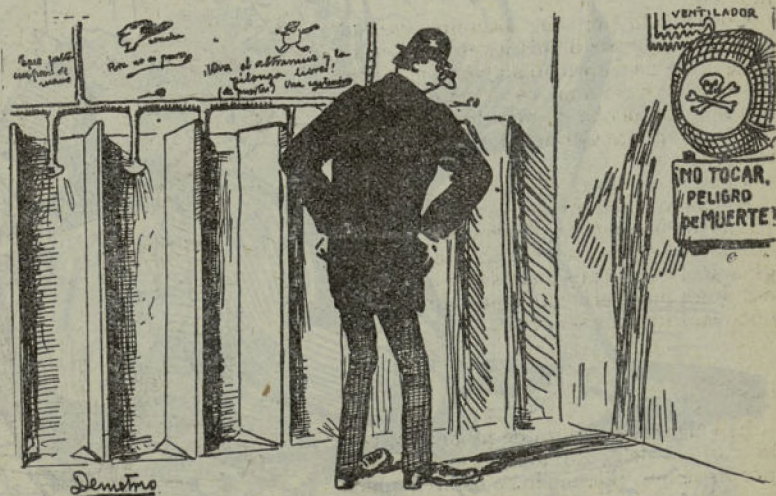
En la «bomboneira», como bautizó el siglo pasado al teatro

de la Corredera un plumífero cursi, está *la Argentina*, que baila como por los propios ángeles, cuando por allá arriba hay cuchipanda coreográfica.

Otras dos colosas, verdaderamente colosales, la una por su hermosura y la otra por su arte, han debutado también esta semana en Romea. Ya comprenderán los lectores que me refero á la Be-



lla Montalvito y á Tórtola de Valencia. Bella Montalvito, es una estrella del



Besugañez—(leyendo el cartelito) ¡Caramba! pues no sé cómo me las voy á arreglar.

couplet que atolondra de guapa, y por añadidura posee un desnivel corpóreo que deslucra y si á esto añaden ustedes, que se ha preparado de repertorio de primirísimo cartelito para su próxima tournée á París y Berlín, se explicará el por qué en las secciones que ella toma parte, hay más público que cuando don Melquiades nos coloca un discurso. Como que los palcos y las butacas de Romea están imposibles de padres y abuelos de la Patria, quienes naturalmente, ván á ver la "patria" de la Montalvito.

Y en cuanto á Tórtola de Valencia está verdaderamente atortolante, con sus danzas artísticas. ¡Con decirles á ustedes que danza mucho más que La Cierva en eso del pléito de *El Liberal!*

En resumen: que el triunfo de la semana es para las artistas de varietés, á pesar, como digo al principio, de que, los agoreros dicen que está llamado á desaparecer este género. ¡Como no desaparecerá...

Antes desaparece Romanones de la Presidencia, y ya ven ustedes si se agarra el pobrecito. ¡Casi tanto como un catarro de pechoj.

COQUETERÍA MERCANTIL

Es imposible que haya en el mundo mujer más bella ni angelical, que la sobrina de un boticario que hay en la Puebla de Montalbán.

Todas las tardes sale de casa y, á su regreso, lleva detrás media docena de pretendientes de varios tipos y calidad.

Sonríe al uno le guiña al otro, toma las cartas que ellos le dan, y á todos dice las mismas frases en una especie de circular:

«Cuando esté sola yo en la notica, si es que le place, puede llegar,

para decirle lo que he pensado de eso que anhela con tanto afán.

Mas en el caso de que mi tío le sorprendiera, muy natural, con el objeto de no escamarlo, pídale un rollo de tafetán.»

Pero es el caso que el tío ¡siempre! llega con rara puntualidad, y tienen todos que hacer la compra que recomienda la circular.

Y de este modo va echando fuera, con una dulce facilidad, ¡quinientos rollosj que hará tres años compró y tenía sin estrenar.

E. Díaz Corona



—¡Pero so ladronazoj! ¿No le dá á usted vergüenza llevar un reloj de acero?

LA CIENCIA SABIA

EN los periódicos londinenses un dentista yanqui ha publicado el siguiente anuncio que está proporcionándole rendimientos inmejorables.

Clínica dental marculina. Saco muelas sin dolor. Procedimiento enteramente nuevo, sólo para hombres y jóvenes mayores de diecisiete años.

Mr. Valerién, el dentista norteamericano á que me refiero, no ha mentido; en su clínica no se emplea la cocaína ni ninguno de los anestésicos conocidos. Muy al contrario: en vez de buscar la depresión nerviosa ó el anulamiento sensorial del paciente, procura exaltarle, refinando la hiperestesia y acuidad de sus facultades, si bien de tal modo y con tan supremo artificio, que las impresiones agradables, derrotando al dolor físico, espargen por los músculos del enfermo placidez tranquila y voluptuoso contentamiento.

—¿Como pudo usted enriquecer á la terapéutica con ese nuevo capítulo.—preguntaba á Mr. Valerién el corresponsal de un diario parisino.

A lo que el dentista repuso:

—Repentinamente, mientras leía *El jardín de los suplicios* de vuestro gran novelista Octavio Mirbeau.

En aquel libro, original y vigoroso, se demuestra que el amor es la convulsión agradable de la muerte, como la muerte es la mueca trágica del amor, y que todos los fenómenos de la generación y de la destrucción, son por consiguiente, fases ó aspectos del mismo movimiento. En el amor hay muerte, en la muerte hay voluptuosidad.

Fundándose en estas dos afirmaciones, Mr. Valerién cre-

yó razonadamente que si simultáneamente sometiésemos al mismo sujeto á dos impresiones, dolo rosa la una y exquisitamente agradable la otra, no sería difícil que ambas se fundieran y mezclasen en el cerebro del paciente, trocándose al cabo en sensual bienestar; bienestar tanto más fuerte cuanto más intensa sea la persistencia y realidad del dolor.

En una palabra:

Mr. Valerién comenzó sus experimentos del siguiente modo: sentaba al paciente en el terrible sillón de operaciones, y luego, mientras procedía al raspamiento y descarnado de la muela que había de ser extraída, alzaba el telón de un pequeño escenario donde tres mujeres lindísimas y muy ligeramente vestidas, comenzaban á repetir en silencio las actitudes y mudanzas de un pausado y lascivo baile oriental. Después, lentamente, sabiamente, iban desnudándose según los dolores de la operación aumentaban... Con todo lo cual, los sufrimientos del enfermo adquirían un carácter raro, casi agradable, en medio de su terrible voluptuosidad.

—He conocido individuos—dice Mr. Valerién—que, preocupados por lo que en e escenario sucedía, no sintieron los dolores del taladro ni del empaste, ni siquiera la



—Oye ¿es esa la mujer de Pérez?
—Por lo menos está casada con él.



El.—Señorita; tengo un establecimiento de artículos de señora, y quisiera de usted que exhibiera por la calle los productos de mi casa.

Ella.—¿Y cuáles son los productos de su casa?

El.—Ropa interior.

violentísima sacudida de la extracción. Algunos viciosos han salido de mi clínica á remolque, sonrientes y volviendo la cabeza.

Ultimamente, Valerién ha perfeccionado su invento. Reconociendo con el abate Condillac, que «el tacto es el más perfecto de nuestros sentidos», permite que sus tres colaboradoras rodeen el sillón del enfermo, para que éste se abraze á ellas en los brevísimos momentos del supremo dolor. Así el astuto profesor no tiene que atar los brazos de los enfermos excesivamente pusilánimes, ni que hallarse expuesto á recibir bofetadas, como á muchos dentistas les ha ocurrido, pues está seguro de que las manos de sus clientes sólo pensarán en afianzarse en aquellas matorosas turgencircs que más eficazmente provoquen su sensualidad.

Las tres mujeres que acompañan á Mr.

Va erién, son magníficas; una de ellas, especialmente, es de primer orden. Los periódicos hablan de un *lord* que, ¡sin necesidad y sólo por verlas!... se ha sacado, en menos de un mes, toda la dentadura.

Felix Recio

Paris, 5 de Enero

CHISMES Y... CUENTAS

Entre una tiple rubia y un poquito sorda, y un doctor, además periodista.

—¿Qué me dice usted, doctor?

—Pues... que he reconocido á tu hijo y...

—Mejor corazón tiene usted que su padre que no quiere hacerlo.

LOS SOLTERONES



Rosita dime lo que debo comer, que no me siente mal;

La doncella.—Todo lo que hay sobre la mesa, sienta bien.

LA SANA MORAL

TENGO el honor de participar á ustedes que mi amigo Evaristo Cantalapiedra inauguró, hace tres días, su hotel del barrio de Salamanca, y con este motivo dió una fastuosa comida, terminada la cual pasaron los caballeros al billar, donde se les sirvió el café.

—¡Delicioso!—exclamó uno de los circunstantes saboreando el contenido de su taza—. Si Ernesto se encontrara entre nosotros podría regalarse á su gusto. ¿Recuerdan ustedes su pasión por el café?

No contestó nadie.

—Diríase que no saben de quién hablo—continuó el circunstante, que se llamaba Joaquín—. ¿O es que se han olvidado de nuestro antiguo compañero desde que se vió de abandonar la corte un poco brusca-mente?... Una calaverada, en resumen... ¿Qué piensa de esto el amigo Evaristo?

—Joaquinito—dice el anfitrión—, esa indulgencia es el mejor elogio que se puede hacer de tu carácter; pero la juventud te engaña, haciéndote tomar por tideas buenas lo que es una decadente concepción del honor. No participo de tus opiniones. En nuestro mundo es preciso no tener ningún lunar; ¡la debilidad más pequeña merece la exclusión!

—Según eso, si la casualidad te colocara delante de Ernesto, ¿le negarías a mano?

—Claro está. Y tú estás también obligado á olvidar aquí su nombre y sobre todo á no pronunciarlo delante de mi mujer... Permítanme ahora, señores, que vaya á hacer un poco de compañía á las damas.

—Me divierte Evaristo, os lo aseguro—continuó Joaquín para romper el discreto silencio que siguió á las palabras del anfitrión—. El matrimonio le ha transformado. Le conocí cuando era bastante menos severo. Por lo visto, las historias que tanta gracia le hacían en otro tiempo, le hubieran ruborizado hoy. Son estupendos estos sasados.

—No son estupendos—respondió un caballero rechoncho y bajito, que fumaba en un rincón un enorme habano. Es que razonan. Con las teorías de usted se desquiciaría la sociedad.

Hubo una pausa. Las copas de marrasquino circularon nuevamente. El caballero rechoncho prosiguió:



Ella—Mire usted, me va á hacer el favor de dejarme en paz. Porque creo que mi novio no se ha enterado todavía; pero anoche le oí que decía soñando: «Como legue á ver que la mira ese imbécil le voy á aplastar la cabeza. Y ¡já ver! tenía que decirlo por usted.



—¡Si señor, todas las mujeres mienten á su marido!

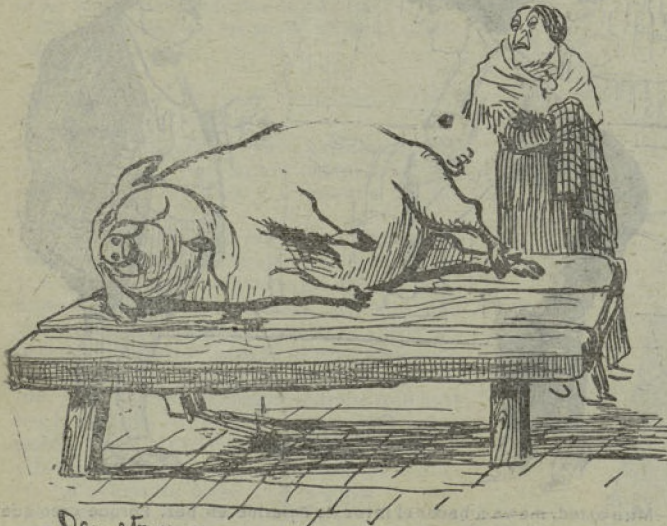
—Mire usted lo que dice por que usted es casado.

—Pues por eso lo digo.

—Precisamente por ser hombre serio le ha costado á Evaristo poco trabajo encontrar una mujer seria.

—¡Mira que serio é! Si usted le hubiera conocido cuando no tenía dos pesetas... Pero, amigo, le sopló la suerte y cualquiera le tose ahora con sus rentas, su hotel y su mujer encantadora.

—¿Qué dote le aportó su mujer—preguntó otro caballero.



—¿Por qué habrá dicho el albeitar que también este se ha retirado á la vida privada?

—Trescientas mil pesetas de renta, pero espera heredar más.

—¿Tiene parientes viejos?

—Bien escalonados. Se irán muriendo con la mayor oportunidad posible.

—Señores, me parece que hablan ustedes de los parientes de la esposa de Evaristo con cierta desenvoltura—dijo el caballero rechoncho levantándose.

—¿De manera que dentro de poco será Evaristo millonario—preguntó otro comensal.

—Sí. Además, en previsión de un accidente, se ha hecho reconocer una suma regular en el contrato de boda.

—¿Y cómo sabe usted todos esos detalles?

—Por una amiga de Evaristo.

—¿Que también lo es de usted?

—No, amigo mío, para mí es muy cara. Yo no podré cubrirla, como hace Evaristo, de billetes de Banco. Después de todo, para lo que le cuestan... Ahí está la dote de la esposa, que es inacabable.

—Y ella, ¿no sabe nada?

—Debe saberlo; pero quizá se resigne con una participación á cambio de no perderlo todo.

—Pues me parece que un hombre tan heroico defensor de la moralidad, es demasiado indulgente con su propia conducta.

—¡Qué quiere usted! Ha cargado con ese papel y tiene que representarlo hasta el fin. La familia de su mujer le juzga puro, impecable, y ya ha podido ver usted en qué estimación le



El parroquiano.—¿Y tu no piensas en casarte?

La camarera.—¡Si yo encontrara un hombre que cubriera mis necesidades!....

El parroquiano.—Es que tus necesidades no sé cubrirán así como así.

tiene el caballero que tan airado nos abandonó. Puede que sea un tío de ella, y al oír lo de las herencias probables se habrá echado á temblar.

En aquel momento apareció el anfitrión.

—Veo que se distraen ustedes—dijo.

—Hombre, no tanto como tú. La conversación de las damás es más agradable para un hombre que las de otros hombres, aunque sean sus amigos.

—Les estaba leyendo una noticia que traen hoy los periódicos. Figúrense que acaban de condenar á seis meses de prisión en Barcelona á un funcionario que desde hacía tiempo venía robando á su querida grandes y pequeñas cantidades para divertirse con jovencitas del gremio de modistas. Y decía yo á esas damas que hombres de esa especie merecían cadena

perpetua, aunque no fuese sino como una medida de higiene moral. Por lo menos así lo entiendo yo.

Sin comentarios.

Fernando Amado

Lea usted el martes

El Libro Popular
que le prepara una sorpresa.



El, misteriosamente.—Señorita, tengo veinticinco duros

Ella.—Pues compré un gabán que hace frío,

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA
Paseo de las Delicias, 00.—1 teléfono, 1843

¿Por qué sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

SIFILIS, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres períodos, el

**Reuma, Artritis,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA y VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL y GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS